

873.
S.

PQ2421
S2
T38



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FONSO REYES"
RICARDO COVARRUBIAS

TALEGAS Y PERGAMINOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

I

La tontería es una enfermedad que no han podido corregir todas las recetas del gran médico Moliere. M. Levrault era un mercader que se había enriquecido vendiendo paños; cuando llegó á persuadirse que había labrado completamente su fortuna, el orgullo y la ambicion se le subieron en locas llamaradas á la cabeza. Es necesario convenir en que los doblones producen, como el vino, vapores que alucinan. Cuando nuestro héroe se vió dueño de doce millones, honrada y trabajosamente ganados en la tienda que le dejaron sus padres, se sintió acometido de vértigos; descubrió que la riqueza, que hasta entonces solo había sido por él el fin de su destino, no era sino un punto de partida. Desde este momento experimentó la necesidad de trasformarse, de salir de la oscura

medianía en que hasta entonces había vivido, y echar á volar, como una mariposa escapada de su crisálide, hácia las esferas brillantes que ofuscaban su imaginacion. Estas ideas que se habían introducido furtivamente en su ánimo, primero de una manera vaga, luego con timidez y sin atreverse á confesarlas, concluyeron por arraigarse y desarrollarse de una manera formidable. Estábamos por entonces un poco distantes de esta época de caprichos democráticos que nos enseñó la revolucion de Julio; y aunque la aristocracia *financiera* manifestaba un si es no es de desden hácia su hermana mayor, no faltaban todavía gentes bonachonas que se chupaban los dedos de contento cuando obtenían títulos de nobleza.

Además de que M. Levrault pertenecía á esta clase, tenía la pretension de hacerse hombre importante de gobierno. Los puestos culminantes eran su fuerte, y á fin de no desmayar en su propósito se complacia á cada paso en compulsar los fastos recientes de la *bourgeoisie*. Por todas partes y hasta en sueños se le aparecían fantasmas que le excitaban á proseguir en sus nuevos planes. En todas partes veía ministros de Estado, pares de Francia, ilustres caballeros de nuevo cuño á quienes conocía perfectamente por haber tenido con ellos relaciones mercantiles y haberles comprado ó vendido en más de una ocasion paños

de Elbeuf ó de Louviers. A fuerza de oír estas sacramentales palabras: «nosotros los grandes fabricantes, los grandes industriales,» había concluido por olvidar que sus riquezas le provenían de ganancias hechas cuarto á cuarto, vendiendo al por menor. Se complacia en recordar las categorías instituidas para el reclutamiento de la Cámara de los pares, y se decía á sí mismo que en todo caso y bien reflexionado, no tendría maldito el inconveniente en pagar más de tres mil francos de contribucion directa. Una noche soñó que su portero le despertaba y que le entregaba un pliego dirigido al señor baron Levrault, dentro del cual encontraba un título de par. Todavía le duraba al siguiente día la pesadilla, puesto que dió una gratificacion de cinco francos á su portero, el cual no sabía á qué atribuir tan inusitado acto de munificencia. En una época en que con el dinero podía aspirarse á todo, nada tenían de extraordinario las visiones de un millonario.

Sin embargo, es más que probable que su esposa le dirigiera prudentes y merecidos sermones: «Levrault, le diría, eres un tonto y hazme el favor de no pensar en locuras; nada tenemos que hacer nosotros, ni mezclarnos en nada con los hombres de alta jerarquía, y ménos con los honores y dignidades. Bastante debemos al cielo con ser ricos y gocemos modestamente de nuestra fortuna. Por

más que digan el dinero no lo puede y lo vale todo; nosotros hemos podido muy bien ganar doce millones sin añadir un quilate á nuestro mérito personal. Permanezcamos, pues, en nuestra posición, sin avergonzarnos de nuestro origen y alcurnia. Continuemos viviendo entre gentes que nos conocen y estiman, y no nos metamos en un mundo que podrá burlarse de nosotros. Cuanto más te miro, más me persuado de que no podrás engañar á nadie acerca de tu mérito, y por mi parte cuanto más me examino ménos descubro en mí la estofa de una mujer de categoría. En cambio, y en nuestra clase de comerciantes ricos, no tenemos tan mal aire que no podamos presentarnos sin rubor en todas las casas del barrio. Déjate de tontearias: compra una buena posesion, y hazla producir, y puesto que hormiguea en tí la ambicion, constitúyete en amo de tu lugar y hazte nombrar fabriquero de la parroquia.

Vuelve á tu antigua ambicion de pescador de caña; festeja y obsequia á tus amigos y da limosnas á los pobres; ten buen jardin y cuida de las dalias. En fin, casa á tu hija con un honrado mancebo que no se avergüence de la familia de su mujer, y que pueda decir un día á sus hijos: vuestro abuelo fué un excelente hombre que vendió paños, y si teneis pan y provista la despensa á él se lo debeis. Estas y otras muchas reflexiones más ó

ménos morales y oportunas hubiera hecho probablemente Mme. Levrault á su marido, y probablemente hubiera conseguido atraerle al buen camino, si la fiera parca no hubiera cortado, hacia diez años, el hilo de sus dias, llevándose en pos de sí todo el juicio y sensatez de la casa.»

M. Levrault sabia demasiado bien que las dignidades y los honores no habian de ir á buscarle á su entresuelo de la calle de Bourdonnais. Pero separado como se hallaba de todos sus amigos, aguardaba á que su hija Laura saliese del colegio, para empezar una vida nueva. Ignorando además completamente la manera de penetrar en el mundo de las grandezas, objeto de sus ansias, resolvió seguir en todo las inspiraciones de la señorita Levrault, la cual correspondió dignamente á sus esperanzas.

La señorita Laura Levrault, educada en uno de los colegios más aristocráticos de París, hubiera pasado quizás por una criatura encantadora, si se hubiera encerrado en los límites de su modesta condicion. Empero trasplantada desde sus más tiernos años á un jardin de condesas en flor y de marquesas en ciernes, habia perdido en su infancia su gracia y su perfume naturales. Excusado es decir que lo primero que aprendió fué á sufrir que sus compañeras le echaran en cara su nacimiento. Las chanzonetas, las alusiones picantes

que aquellas le dirigian á este propósito, habian irritado su sufrimiento. Las niñas se tratan tan despiadadamente unas á otras, como si fueran ya mujeres. Pero Laura, en lugar de devolver injuria por injuria á aquellos traviesos diablillos que se entretenian en humillarla, callaba pacientemente, y adquiria un ódio scrdo y profundo á la tienda donde habia nacido, á toda la calle de los Bourdonnais, y hasta al apellido Levrault, que iba haciéndose insoportable. Cuando este nombre maldito, cuando este nombre funesto, pronunciado casi siempre con afectacion, sonaba á sus oidos en las salas de estudio ó en los patios de recreo, se estremecia dolorosamente y le parecia que iba á morir de vergüenza.—Un dia que estrenó un traje de paño pardo, le dijo la señorita de B..... :

—¡Magnífico vestido!—ya se conoce que no has tenido que pagar por él más que las hechuras.

Todas las colegialas celebraron con carcajadas esta ocurrencia, excepto Laura, la cual devoraba sus lágrimas en silencio.—Otro dia la preguntaron si era verdad que uno de sus abuelos tenia en sus cuarteles un campo de Paño de oro.—Poco tiempo despues se reunieron la señorita de R..... y la de C..... ambas á dos á cual más versadas en la ciencia heráldica, para formarle un escudo. Los emblemas que discurrieron eran tales, que costaron á Laura una enfermedad.

Bajo cualquier pretexto, tomando pié de las cosas más insignificantes, sus compañeras de pension la abrumaban con los sarcasmos más pican-tes, y se entretenian en ahondar sus heridas.

Júzguese, pues, qué clase de simpatias misteriosas y de secretas inteligencias estableceria semejante educacion entre M. Levrault y su hija: júzguese tambien si estos dos orgullos se prestarian un apoyo mútuo cuando se hallaron uno frente al otro.

A la edad de diez y seis años, la señorita Levrault era lo que se llama una linda muchacha: blanco y sonrosado semblante, hermosos cabellos castaños, ojos rasgados, frente pura y un talle elegante, en el cual se traslucia sin embargo cierto no sé qué de mostrador, constituian la parte física de la pobre colegiala. Entre sus cualidades morales se distinguian un carácter firme y positivo, una imaginacion apagada, y un corazon seguro de sí mismo, que no habia viajado aún por el país de los ensueños y de las ilusiones. La vanidad habia marchitado en ella con su helado hábito todas las flores que iban abriendo sus pétalos á la primavera de la vida. Si su madre hubiese vivido más tiempo, quizás hubiera conseguido que los gérmenes preciosos sofocados por el orgullo, hubiesen llegado á un completo desarrollo.

Pero Laura, entregada á sí misma demasiado

pronto, había descuidado, creyéndolas unas plantas inútiles, todas sus buenas cualidades, para no cultivar más que las perversas. Es inútil añadir que su talento era mucho más precoz de lo que suele serlo generalmente el de otras muchachas de su edad. Rebajada como se veía constantemente por sus compañeras, había hecho todo lo posible para hacerse superior á ellas. Era una música excelente, y pintaba paisajes con toda la habilidad de que es susceptible un pintor de este género, que no haya estudiado la naturaleza. Federico Chopin, y Pablo de Hütet, habían sido sus maestros. Todas estas cosas las había aprendido únicamente por vanidad.

Así que salió del colegio, y cuando comprendió la extensión de sus riquezas, Laura abarcó con ávidas miradas la brillante perspectiva que se ofrecía á su vista.

Tenia demasiado talento para dejar de comprender que con cuatro millones de dote y con esperanzas de heredar otros ocho, no le era lícito abrigar la confianza de que haría un casamiento por amor. Esta pasión, de consiguiente, no la preocupaba lo más mínimo. Sus ideas sobre el matrimonio eran demasiado positivas, para que, sabiendo como sabía, que el hombre que pidiese su mano consideraría esta alianza como un negocio mercantil, dejase también por su parte de escoger marido que

satisficiera su ambición; en este concepto declaró resueltamente á su padre que solo se casaría con un noble. Enternecido M. Levrault la estrechó en sus brazos, reconociendo que corría su propia sangre por las venas de su hija. Por otra parte, este era para él el mejor camino para introducirse en el gran mundo, donde esperaba hacer gran papel. No se le ocultaba que tenía que dar un gran salto, y contaba, para no quedar embarrancado, con el auxilio de su futuro yerno.

Tratábase, pues, de buscar uno que de seguro no se encontraría en el barrio. M. Levrault había oído decir que de todas las provincias de Francia, la Bretaña era la más abundante en antiguas y nobles familias, y en donde había más palacios que cabañas. Nada hubiera sido tan fácil como persuadirle que los torreones y almenas crecían como los hongos. Así, pues, decidió trasladarse á Bretaña; allí era preciso vivir con lujo y magnificencia y echar el anzuelo donde debía engancharse el fénix de los yernos. Acordado este plan escribió á un notario de Nantes á quien había conocido de amancebado en París.

«Mi querido M. Jolibois:

Ha llegado al fin el tiempo de que pueda descansar habitando entre unas gentes, cuyos hábitos

están tan acordes con mis gustos é inclinaciones. Durante mis trabajos y especulaciones industriales, he deseado constantemente para la vejez, un asilo consagrado por los grandes nombres de nuestra historia. La Bretaña ha merecido siempre mis simpatías por sus heróicos recuerdos. Laura, á la que como V. sabe, he dado una brillante educacion digna de su rango, me entretiene y distrae con los recuerdos de esa tierra caballeresca. Tambien le consta á V. que he tenido siempre la intencion de adquirir algunas propiedades en ella, solo que no quisiera, sirviéndome de una expresion vulgar, hacer el primo en esta adquisicion. Antes de decirme, creo oportuno recorrer ese país en todas direcciones, conocer su situacion y estudiar sus costumbres.

Ahora bien, mi querido M. Jolibois; diríjome á V. contando con su amistad; tomad en arrendamiento por un año en las cercanías de Nantes alguna finca cuya posicion me permita anudar con facilidad todas mis antiguas relaciones familiares con la nobleza del país. Despues de esta prueba de un año ya me será más fácil la eleccion.

Creo inútil advertir á V. que deseo vivir con la mayor ostentacion y tener mi casa y servidumbre bajo un pié completamente señorial. No insisto más sobre esto: al cuidado de V. queda organizar y alhajar, desde la antesala hasta la buhardilla,

desde la cueva hasta la cuadra, desde el corredor hasta el salon. Escepto el aya y doncellas de mi hija, á nadie más llevaré de París. Me será muy grato verme rodeado de algunos de esos antiguos servidores, tipos de adhesion y fidelidad, que viven y mueren donde han nacido; procure V., por tanto, que encuentre á mi llegada cuatro ó cinco de ellos. Que todo esté pronto para recibirme; nada economiceis, pues tengo doce millones. La vida en que voy á entrar será una vida de fiestas y de hospitalidad á lo príncipe. Que el país sepa con anticipacion quién soy. Hable V. de mis trabajos, de mi opulencia; en una palabra, haga V. porque me conozca todo el mundo. Aun cuando voy decidido á no tratarme más que con personas de elevada alcurnia, V., sin embargo, será admitido en las reuniones de confianza y correreis un ciervo conmigo alguna que otra vez.

Con anticipacion me recreo á la sola idea de acabar mis dias en la patria de Clisson y de Du-Guesclin. Laura me habla continuamente de estos grandes señores, y me tendria por muy feliz si pudiese conocer á sus descendientes y admitirlos á mi mesa. No olvide V. sobre todo que debo tener á mi alrededor la flor de la aristocracia, y descubrir desde mis balcones una docena de castillos feudales con sus torreones, fosos y puentes levadizos.

Páselo V. bien, mi querido Jolibois.

Cuento con su exactitud, como puede V. contar con mi benevolencia.

LEVRAULT.»

Este notario era casualmente un hombre de chispa. Dos ó tres conozco yo que se encuentran en el mismo caso. Vivía en París desempeñando el empleo de oficial mayor de una escribanía y aspiraba á recibirse escribano, cuando olfateando los millones de M. Levrault, se habia determinado á pedir la mano de su hija. Piénsese lo que quiera, decia, si el duque de Lauzun aspiró á la mano de la hija de Enrique IV, Estéban Jolibois bien puede casarse con la hija de M. Levrault. Pero este con aire desdeñoso le dió á entender que se habia equivocado en sus cálculos. Estéban Jolibois tuvo que retirarse, pues, con la cabeza baja, desesperado de no poder manifestarle su reconocimiento.

M. Jolibois que, á pesar de su gravedad escribanil, no se habia olvidado todavía de las travesuras estudiantiles, se restregó las manos al leer la carta de su suspirado suegro. La simpleza y la impertinencia que se descubrian en la epístola, hubieran bastado para escitar el buen humor del hombre más tétrico. El escribano, que era hombre jóven, alegre y burlon, cogió por los cabellos la ocasion que se le ofrecia de vengar una derrota, y hacer al mismo tiempo un excelente negocio. A los ocho

dias contestó á M. Levrault en los términos siguientes:

«Apresúrome, caballero, á anunciar á V. que, cumpliendo sus órdenes, he alquilado una habitacion, la cual espero que llenará cumplidamente las exigencias de su rango, y todas las condiciones de sus deseos. Es un palacio de arquitectura moderna situado en las orillas del Sevres á ocho leguas de Nantes, entre Tiffauge y Clisson. No puedo ocultar á V. que estoy muy satisfecho de haber justificado tan pronta y tan felizmente la confianza que se dignó depositar en mí; para continuar mereciéndola en lo sucesivo, me he ocupado sin perder momento en montar su casa bajo un pié digno de la elevada posicion que ocupa V. en el mundo, y sin descuidar ni la más insignificante cosa. Abrigo la lisonjera idea de que ha de quedar V. enteramente satisfecho. Dentro de quince dias estará ya todo arreglado, y en disposicion de que pueda V. ponerse en camino cuando guste. No he necesitado hacer grandes esfuerzos para reconocer la elevacion de sus miras. Usted quiere vivir en medio de sus Pares; con esa mirada rápida y pronta que ha hecho de V. una de las águilas de la industria, ha puesto el dedo sobre el único rincon de tierra digno de dar abrigo á tan alta capacidad. La sociedad escogida, objeto de sus ensueños, la encontrará V. á la puerta de su

casa. Los palacios de Tiffauge, Mortagne y Clisson lo esperan á V. con los brazos abiertos. Los términos en que he hablado de V. á estos señores, espero que serán á medida de su gusto. La nobleza del país, por consiguiente, lo conoce á V. ya, y se disputará por ende el honor de recibirle y obsequiarle. Sabe demasiado bien que la industria es en la actualidad la reina del mundo, para que no sienta hácia su más ilustre representante las más respetuosas simpatías. No vaya V. á creer, sin embargo, que es á su inmensa fortuna á lo que debe estas benevolentes disposiciones: el reconocido mérito de V., es el móvil único de su impaciencia. Desde que anuncié su próxima llegada á este país, nadie habla de otra cosa; á cada paso me veo rodeado y abrumado de preguntas: todos desean saber el día y la hora en que habrá de verificarse. La belleza de la señorita Laura, su hija, despertará también, á no dudarlo, las más agradables tradiciones de los tiempos caballerescos.

Si pudiera disponer hoy de más horas, haría á usted una minuciosa y exacta descripción de las nobles familias cuyos palacios están situados en torno del que va V. á habitar en breve; límitome, por lo tanto, á manifestarle que la antigüedad de las ménos ilustres se remonta á la época de las Cruzadas. La señorita Laura, cuya memoria está tan enriquecida de gloriosas tradiciones, estoy

seguro que no dejará de sentir una emoción placentera, cuando se tropiece en el parque de su padre con un descendiente de Godofredo de Bouillon, noble anciano cuya conversacion es un tesoro de recuerdos, ó con el último vástago de una raza que cuenta entre sus antecesores á los Baudouin y á los Lusignan. Este vástago es el vizconde Gaspar de Montflanquin. Joven, de buena figura, de modales caballerescos, y desinteresado tal vez en demasía, no tiene mas que decir «quiero» y alargar la mano para que la nueva córte, satisfecha y gozosa de atraerlo á su partido, haga por él cuanto le pida. Su escudo de armas representa en campo de plata un leon atigrado, armado y coronado de gules, con la cola anudada, hendida y pasada por una arpa, y el cual se halla tendido bajo una cimera azul con tres roeles de oro.

El vizconde de Montflanquin podrá servir á usted perfectamente de guía en sus escursiones, y en la eleccion de sus amistades. Apresúrese V., pues, amigo mio, á venir á descansar cuanto antes bajo las sombras de la Trelade (me habia olvidado de decir á V. que así se llama su palacio), á descansar de los trabajos de su noble carrera.

Viva V. persuadido que no abusaré de los ofrecimientos que tan generosamente me hace en su apreciable carta: conozco perfectamente la distancia que media entre mi humilde persona y su

elevado rango. Lo que sí acepto muy gustoso es la honra de correr con V. alguno que otro ciervo. De aquí á un año, si se decide V. á establecerse en nuestra Bretaña, espero contarle en el número de mis clientes; su ilustre nombre será la gloria mayor de mi escribanía.

Aprovecho esta nueva ocasion para ofrecer á usted la consideracion respetuosa con que soy de V, etc.

JOLIBOIS.»

Aquel mismo dia escribió el bueno de Jolibois esta otra carta al señor vizconde de Montflanquin:

«SEÑOR VIZCONDE:

»El afecto que á V. profeso me mueve á hablarle de un asunto delicadísimo, en la seguridad de que sabrá V. dar todo el valor que tienen á los motivos de mi resolucion. Sabe V. muy bien, señor vizconde, que nunca he podido acostumbrarme á contemplar sin tristeza los descascarillados muros de su palacio. Frecuentes veces he oido á V. hablar del señor de Ravenswood, y muchas tambien nos hemos separado pensando en los medios de restablecer el antiguo esplendor de su casa. Hoy, á Dios gracias, se presenta una ocasion favorable para conseguir tan loable objeto: en su mano de V. está el aprovecharla: de V. única-

mente depende la restauracion de sus blasones, y el rescate y reunion de todos los trozos de su dispersada herencia. Un plebeyo con humos de hidalgo, un tal M. Levrault, que ha tenido bastante maña para reunir doce millones vendiendo varas de paño, ha dado en la manía de desear adquirir una de las antiguas propiedades que existen en Bretaña. Antes de decidirse á hacer esta compra, se ha propuesto estudiar el país, y con este objeto acaba de alquilar por un año la Trelade. Dentro de quince dias lo más tarde se hallará aquí. Yo le conozco hace mucho tiempo, y sé perfectamente el carácter de su ambicion. Su afan no es otro que el de quitarse de encima la pelusilla de mercader, por medio de un yerno que le sirva al mismo tiempo de escabel y de pasaporte. La señorita Levrault por su parte está tambien bastante impaciente por cambiar el prosáico nombre de su padre por otro que le abra las puertas del gran mundo y de la córte: de consiguiente, no tiene usted que hacer más que presentarse y de seguro la plaza será suya antes de tres meses. No desconozco que una alianza de este género será un poco costosa para su orgullo; pero la señorita Levrault, aunque plebeya, es muy agraciada y esto vale algo. Paréceme que ya podrá V. perdonarla la oscuridad de su nacimiento en gracia de su lindo palmito. Por otra parte, señor vizconde, tres millones de

francos no son ahí un grano de anís..... No es esto decir que á V. le haga efecto el dinero; conozco perfectamente la elevación de su alma, y me consta que, heredero de una raza de héroes, soporta usted dignamente su ruina, y que su gran corazón está al abrigo de las injurias de la suerte. Pero aquí, señor vizconde, no se trata de V., sino de conservar el esplendor del nombre de sus antepasados. ¡Tres millones, señor vizconde!..... Los huesos de los Montflanquin saldrán de sus tumbas para bendecirlo á V. No hay, por lo tanto, que perder un instante. El éxito es seguro con tal de que sepa V. mantener á la conveniente distancia á los Rochelandier: estos únicamente son los temibles: estos son los únicos que pueden disputar á V. el buen bocado que le envía la Providencia. Con que..... ande V. listo: apresúrese á tomarles la delantera y no les deje tiempo para pensar en ello siquiera. Cuide V. sobre todo que ni M. Levrault ni su hija Laura se aproximen ni por pienso á la casa de los Rochelandier, ni que vayan á saber si es posible que semejante familia existe bajo la capa del cielo. Del talento de V., de ese talento brillante, cuya extensión nadie mejor que yo conoce, me atrevo á esperar todo: ¡Qué día tan feliz será aquel en que reciba V. de manos de su suegro el magnífico dote que da á su hija! ¡Qué triunfo para V.! ¡Qué gozo para sus amigos! ¡Qué

alegría para mí que extenderé el contrato! Ningun agradecimiento me debe V. por lo que trato de hacer en su obsequio: mis sentimientos le son demasiado conocidos para que pueda dudar del placer que experimento en obligarle. Servir sin miras ulteriores á aquellos á quienes profeso una sincera estimación, es para mí la ley más dulce y agradable. Si el negocio se lleva á cabo, la sola recompensa que pediré á V. por la intervención que en él he tenido, será el reembolso de los ochenta mil francos que debe V. á la testamentaria de mi padre y cuyos réditos se ha olvidado V. sin duda de mandarme de diez años acá.

Repito á V., señor vizconde, que desconfíe de los Rochelandier, y viva V. seguro de la respetuosa consideración con que soy de V. afectísimo, etc.

JOLIBOIS.»

Estas dos cartas marcharon por un mismo correo.

Quince días después veíase á la puerta de la casa de M. Levrault, situada en la calle de los Bourdonnais, una silla de posta, á la cual estaban enganchados cuatro excelentes caballos. Un mercachife de tres al cuarto hubiera preferido tomar el camino de hierro hasta Tours; pero M. Levrault había querido debutar en la vida señorial por un golpe de bombo para vengarse al mismo tiempo de todos los coches de alquiler que le habían traque-

teado durante veinte años todos los domingos por las cercanías de París. Los caballos piafaban de impaciencia, y los postillones se hallaban cada uno en su puesto. Los vecinos de la calle de los Bourdonnais estaban acechando de las ventanas con una curiosidad envidiosa el momento de la partida. M. Levrault no pudo ménos de sentir alguna conmoción al separarse para siempre de la habitación modesta en la que había pasado al lado de su mujer tantos años tranquilos y laboriosos, al paso que Laura paseó en torno de su habitación una mirada de triunfante gozo, sin hallar ni siquiera un suspiro para aquellas paredes, que la recordaban su humilde origen. Así que padre é hija aparecieron en el dintel de la puerta, todas las cabezas se abalanzaron fuera de las ventanas, dejándose oír en todos los pisos del edificio un cuchicheo irónico: ni una mano siquiera se agitó dirigiéndose á ellos en señal de despedida. Al poco rato Laura y su padre subieron al coche; los postillones empezaron á chasquear sus látigos, y los caballos partieron al galope. M. Levrault había tenido buen cuidado de escribir á Jolibois el día y hora en que llegaría á la Trelade.

El día anterior se había encaramado en la imperial de París á Nantes un viajero vestido con traje de caza; este viajero era el vizconde Gaspar de Montflanquin.

II

No es necesario decir que padre é hija iban meciéndose durante el viaje, halagados por los más dulces ensueños. La carta de Jolibois había sobrecitado los deseos de M. de Levrault. Las hipótesis de que estaba plagada no se habían escapado, sin embargo, á la penetración de Laura, la cual comprendió su verdadero sentido; lo único que no adivinó, fué la intención burlona con que estaba escrito. ¿Y por qué había de desconfiar de maese Jolibois? Ignorando que éste se hubiera atrevido á aspirar á su mano, no veía otra cosa en sus exageradas atenciones que un tributo de homenaje rendido á la riqueza, y Laura no pedía más. Diremos también de paso que la señorita Levrault no participaba seriamente de todas las pretensiones de su padre. Si manifestaba lisonjearse-